

## ESTADOS UNIDOS: UN PAÍS QUE SE BALCANIZA

POR

ALFREDO SÁNCHEZ BELLA

El Presidente Bill Clinton ha sido elegido por las clases medias blancas, con el apoyo de una parte del electorado negro y de las minorías llamadas «étnicas». En un país donde los ciudadanos de origen europeo son 200 millones sobre un total de 250, el Presidente no es, pues, matemáticamente rehén de las minorías. Pero deberá dirigir una sociedad cada vez más multirracial. Y está procediendo en consecuencia; la composición de su gabinete así lo indica.

Los Estados Unidos no tienen lengua oficial. El consenso se ha logrado en las décadas anteriores, más sobre la eficacia de las comunicaciones que sobre una lengua común. Las instrucciones y boletines de voto son bilingües, como ciertos Estados: inglés y español en California, Texas, Florida y Nueva York; inglés y francés en Luisiana y en New Hampshire, vecino al Canadá. Es el resultado de admitir el diverso origen de sus habitantes.

El origen de los emigrantes ha evolucionado notablemente en los últimos tiempos. Europa facilitó el 10 % en la década de los 80, contra el 40 % en la década de los 60. El aumento procede de los negros, los emigrantes de origen asiático y, sobre todo, de los hispanoamericanos. Estos, que a comienzos de la II Guerra Mundial apenas si representaban dos millones de residentes y en el inicio de los años 80 ascendían a nueve, hoy son en algunos Estados —como en Nuevo México, Texas y California— una cuarta parte de la población. En otros seis Estados, los «hispanos» ya han logrado constituirse como «minoría influyente», que aspira a regir su propio destino.

Esta profunda mutación sociológica en extensas zonas del país

ha dado origen a dos modelos de sociedad: el del «melting pot» tradicional, un ideal unificador alrededor de la democracia y de la igualdad de oportunidades tal como son concebidas por los anglosajones. Este principio, ardorosamente defendido durante gran parte del siglo xx, debería permitir olvidar el pasado para ser sustituido por la llamada «oportunidad americana». América era la nueva tierra de promisión, la que ofrecía mayor posibilidad de triunfo en la vida, en donde cualquiera puede llegar a escalar en breve tiempo, desde el puesto más humilde, el más alto.

El segundo modelo, que recientemente se está imponiendo en algunos Estados, es el originado por la afirmación de las entidades étnicas en nombre de la tolerancia e incluso de la exaltación de las raíces. Está expresado en un principio aparentemente simple: «Usted puede cambiar de nombre, cambiar de esposa, pero jamás podrá cambiar de ascendencia. Usted seguirá formando parte de la familia de donde procede». En un país que ha pretendido abolir la segregación, esta insistencia sobre las etnias curiosamente tiende a restablecerse. Y sus resultados son imprevisibles.

Por de pronto, el censo de 1990 registra 24,4 millones de hispanoamericanos, con un aumento del 53 % en diez años. Y 7,3 millones de asiáticos, con un alza del 107 % en el mismo período. Si las tendencias actuales se mantuvieran, los demógrafos prevén que los americanos de raíz europea, en el año 2016, no constituirían más que el 45 % de la población, mientras que el 25 % serán hispanos; el 10 %, asiáticos; el 15 %, negros y el 5 % indios o de Oriente Medio.

Sobre los 3,4 millones de habitantes de Los Angeles, los *anglos* de origen europeo no son más que el 37 % de la población, mientras que los *hispanos* ascienden al 40 %. Es por ello que el pronóstico, aunque parezca arriesgado, no carece de fundamento: «por las venas del 50 % de los norteamericanos correrá sangre hispana en el año 3000». Un «pequeño gigante» ha irrumpido en el sueño americano.

La importancia de esa evolución ha llevado a Clinton a incluir en su Gobierno a cuatro ministros negros y dos hispanos: Henry Cisneros, ex-Alcalde de San Antonio de Texas, nuevo Secretario

de Vivienda y Desarrollo Urbano y Federico Peña, nuevo Secretario de Transportes. Sólo en Texas más de 2.000 hispanos ocupan cargos electos; en Nuevo México más de medio millar han sido elegidos.

Existen en Norteamérica redactadas en español más de 130 revistas y periódicos, 221 emisoras de radio, 22 canales de televisión y otras seis, vía satélite, procedentes de México.

Por otro lado, los anglos no forman una casta homogénea. El origen británico, holandés o irlandés es el más cotizado, pero en la costa Este también existen grandes núcleos de italianos y en Chicago de polacos y alemanes. California se ha convertido en un laboratorio de la sociedad multirracial. El «cocktail» dista mucho de ser homogéneo, ya que está disociado en cuatro comunidades que, por orden de oportunidades de éxito social, serían las siguientes: anglos, asiáticos, hispanos y negros. El ideal de los chinos, coreanos y japoneses es integrarse, merced a su trabajo, en la clase media blanca; los japoneses practican ampliamente el casamiento con blancas. Por contraste, la mayoría de hispánicos se resiste a la integración; prefiere continuar segregado, aferrado a sus costumbres, culturas, lengua y formas de vida.

En la escuela los alumnos se agrupan por etnias y por la lengua de origen. El lenguaje español familiar está convirtiéndose en un signo de identidad cuando no de resistencia. El inglés sólo se usa en las relaciones necesarias fuera del grupo.

Es evidente que el bilingüismo cierra muchas puertas, pues incita a constituirse en «ghetto» desde donde se alimenta el antagonismo racial.

La comunidad mexicana que constituye el 63 % de la población «hispana» en los Estados Unidos, al amparo de sus 3.100 kilómetros de frontera común con su gran vecino, tiende a atraer continuamente un mayor número de compatriotas, no menos de 800.000 de flujo anual.

El Tratado de Libre Comercio que México intenta poner en marcha el año próximo con los Estados Unidos y Canadá, pretende justamente frenar esa irresistible presión demográfica, tratando de fijar a las nuevas generaciones en sus fronteras de origen. Pero

la atracción del éxito, los mejores precios salariales y la esperanza de obtener más favorable situación económico-social al norte del Río Grande, son atractivos muy difíciles de frenar. Así es como se está creando una forma de expansión histórica del Sur hacia el Norte de los mejicanos hacia sus antiguos dominios perdidos en el siglo XIX. Es una reconquista por las nuevas generaciones de territorios que en su fuero interno siguen considerando suyos. Consecuencia de todo ello es que la América anglófona sufre una fuerte presión hispanófona procedente del Sur.

En Canadá se contempla, por el contrario, un fenómeno de aparente retroceso de la historia. Pierre Trudeau definía la situación de los francófonos adosados al mundo anglófono como la obligación de «dormir con un elefante». Los anglófonos, que pierden su exclusividad con los Estados Unidos, ¿podrán dormir tranquilos?

El Anuario Estadístico oficial norteamericano de 1990 registra implícitamente esta nueva situación. En su último informe de 1990 descompone del siguiente modo los porcentajes étnicos: 80,3 % de blancos, 12,1 % de negros, 0,8 % de indios y 2,9 % de asiáticos. Y agrega: 9 % de origen hispánico. Como el total hace 105,1 % precisa: «las gentes de origen hispánico pueden ser no importa de qué raza». Esto lleva a reconocer una autonomía cultural, como si los criterios étnicos de los anglófonos no se aplicaran a este grupo. Es lógico que los «hispanos» sólo mínimamente aparecen registrados oficialmente, porque en la mayor parte de los casos proceden de entradas ilegales y por su natural tendencia a la segregación.

El pasado 26 de octubre, seis provincias canadienses sobre diez han votado «no», por razones distintas, a un proyecto emitido por la Confederación. El gran proyecto de seguir unidos por tener conciencia de un destino común está siendo puesto en tela de juicio. El Canadá sufre las consecuencias de tener «excesiva Geografía y poca Historia».

Los Estados Unidos también en parte sufren males. Pero la Historia cambia más rápidamente que la Geografía.

La presión de los «hispanos» puebla los Estados Unidos de

nuevos ciudadanos que tienen, por primera vez en la historia de la Unión, los medios culturales y demográficos de oponerse al «melting pot».

Quinientos años después del Descubrimiento, la conquista de América no ha terminado. La ironía de la Historia quiere que los nuevos emigrantes sean mestizos con sangre española.

Por causas múltiples, las fronteras horizontales que estructuran políticamente la América del Norte son cada vez menos significativas. El Continente norteamericano, prolongado hasta México, no pretende ser ya la yuxtaposición de tres Estados, sino un vasto conjunto multirracial cada día más fluido e impredecible. Si se dejara a su aire, sin acción centrípeta equilibradora, podría existir el riesgo de la balcanización, por pérdida de identidad unificadora.